



## Nuevas expresiones para la asociatividad cultural. El espacio virtual como espacio público, comunidades y territorios imaginarios <sup>1</sup>

Magglio Chiuminatto Orrego <sup>2</sup>  
Oscar Vásquez Bronfman <sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada al Primer Congreso Nacional de Gestión Cultural. “*Escenarios, tensiones y desafíos de la Gestión Cultural en Chile*” realizado los días 3, 4 y 5 de noviembre de 2011, en Santiago de Chile. Editada por Escuela de Gestores y Animadores Culturales, Egac.

<sup>2</sup> Periodista y Gestor Cultural Biblioteca de Santiago.

<sup>3</sup> Gestor Cultural, Subdirector Balmaceda Arte Joven.



**Q**uereamos agradecer a los organizadores del Primer Congreso Nacional de Gestión Cultural la acogida que le han dado a esta propuesta de reflexionar sobre el espacio público desde la perspectiva que introduce la esfera virtual e Internet, como herramienta de participación ciudadana y de consumo cultural.

Nuestra mirada particular sobre el tema es un esfuerzo teórico práctico que, seguramente, adolecerá de teoría y no contará con la práctica suficiente. Pero es un riesgo que asumimos como oportunidad para compartir conocimientos o intuiciones que son sin duda fragmentarios pero que esperamos que puedan conducir a una mejor conceptualización sobre el espacio en que está actuando la gestión cultural y la asociatividad.

La masificación de Internet, la utilización de las redes sociales y de medios de comunicación no ya sociales o masivos sino personales, producen una convergencia cada vez mayor entre el espacio público y el espacio virtual. Miramos nuestra sociedad y participamos de ella desde una posición que al mismo tiempo es más subjetiva y privada, más fragmentaria, en la que decidimos personalmente nuestras fuentes de información, nuestros menús de acceso a la realidad, mediante redes de amistad (en el sentido amplio que las redes sociales nos plantean) y contacto directo con las fuentes, desde nuestros computadores, teléfonos y otras terminales; y más pública, ya que nuestras conversaciones privadas, o que pensamos dirigida a una audiencia de relaciones cercanas, ingresan y se funden en un espacio red público, cuyos márgenes no podemos definir.

Esta situación es compleja no sólo para los migrantes digitales, quienes crecieron en un mundo sin Internet y se han debido adaptar a formas de trabajo y a maneras de compartir completamente nuevas. Es también compleja para los nativos digitales, porque su identidad se encarna permanentemente a través de estos medios.

En este espacio se produce lo que Erving Goffman llama “gestión de las impresiones”, es decir, socializamos y actuamos en un entorno virtual a través de los contenidos y esta mediación introduce también un grado mayor de reflexión sobre quiénes queremos ser y para cuáles audiencias. En el mundo físico tenemos nuestro cuerpo, nuestra apariencia, vestuario, como soporte de actitudes y comportamientos; en el espacio virtual debemos, como señala Jenny Sundén, aprender a “escribirnos como seres”, como personas. Y este proceso de escritura es multimedial, no son sólo palabras, son también imágenes, música, videos, que compartimos y que nos sirven para expresarnos. El espacio privado y el espacio público se sobreponen porque nos transformamos en medios de comunicación que emiten o transmiten una personalidad.

Sólo para hacernos una idea sobre la velocidad con que ocurren las cosas en Internet, podemos observar el caso de Facebook, una palabra cotidiana en nuestras conversaciones. Este sitio, que nace como una red interna de la Universidad de Harvard en 2004, que únicamente abre su participación a usuarios de cualquier tipo, no necesariamente universitarios ni estudiantes de secundaria, en 2006, hoy, 5 años más tarde, es una red a la que están conectadas 800 millones de personas. Twitter, que se inició en 2006, hoy tiene 200 millones de participantes y fue uno de los medios de comunicación con alta utilización en la llamada Primavera Árabe.

Cinco años han transformado, por lo tanto, completamente el panorama mundial de las redes sociales y, a través de ellas, lo que entendemos por espacio público. Comprender las formas que adquiere esta nueva construcción de espacio público es un desafío que se plantea, ciertamente, no sólo a la gestión cultural, sino a la investigación general sobre los cambios culturales, sociales, económicos que implica el avance de las tecnologías de la información. Como señala el sociólogo catalán Manuel Castells, la “sociedad del conocimiento” o “sociedad



red” es una “organización social en la que la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en este periodo histórico”. Lo cual otorga también, por supuesto, una nueva posición a la creación artística, a la actividad cultural y a las industrias creativas.

Cuando Castells escribió esto a mediados de los noventa, la “sociedad red” estaba en sus albores, era algo que prometía, insinuaba los cambios que podrían suceder; buenos para algunos, cuestionables para otros, pero profundos, estructurales. Una de las promesas de lo que iba a suceder era la desmaterialización de todo lo que pudiera transformarse en información, y hoy eso es una realidad.

La música, por ejemplo, está en pleno proceso de migración, las personas descargan sus canciones favoritas directamente desde la red y muchas veces desde los sitios de los propios intérpretes. Los diarios continúan con sus ediciones en papel, pero cada vez son más los lectores digitales y surgen medios cuya existencia radica únicamente en la red. El año 1999 nos tocó participar en la elaboración de un curso de comercio electrónico y, en ese momento, todos los especialistas coincidían en que era necesario tener presencia en el mundo físico, en el mundo “real”, para poder desarrollar con éxito un negocio en Internet. Hoy eso ya no es cierto. Hay muchas iniciativas que surgen en y para la red.

Esta realidad nos permite leer con otra perspectiva el “Hombre Imaginario” descrito por Nicanor Parra. Este hombre imaginario que vive “en una mansión imaginaria/rodeada de árboles imaginarios/a la orilla de un río imaginario”. Este ser imaginario corresponde a la esencia del ser en red, del ser conectado. Fragmentación y mundos imaginarios son, por el momento, dos características que podemos añadir a la sociedad en red que se desmaterializa. Como

señala Nestor García Canclini, este es un proceso que se viene generando desde hace largo tiempo a través, primero, de la globalización económica y el avance de los medios de comunicación masiva y, posteriormente, de manera más profunda a través de las posibilidades que brindan las Tecnologías de la Información y la Comunicación. “Cuando la circulación cada vez más libre y frecuente de personas, capitales y mensajes nos relaciona cotidianamente con muchas culturas, nuestra identidad no puede definirse ya por la pertenencia exclusiva a una comunidad nacional.”

La transformación de las identidades, es decir, de nuestras formas de ser en el mundo y de la relación que establecemos con el resto de la sociedad, de aquello que nos describe y de lo cual nos sentimos partícipes, a raíz de la fragmentación de los mensajes, le asigna un nuevo valor a las comunidades imaginarias, a las comunidades de intereses. Le da un nuevo sentido, por lo tanto, al ser imaginario que había descrito Nicanor Parra.

Como señala Adrian Athique, las “comunidades imaginarias” son aquellas generadas por “relaciones imaginativas construidas alrededor de artefactos mediáticos en sociedades culturalmente diversas y ricas en medios de comunicación”. No debemos olvidar, con respecto a esto, que la actividad cultural es esencialmente una tarea de imaginación y la cita de Athique sitúa los actos de imaginación como fundamento de comunidades y de relaciones sociales, de actividades colaborativas y de acción coordinada como las que podemos ver hoy, a partir de las Redes Sociales, en todo el mundo.

Esta situación modifica conceptos claves para la gestión cultural como son, entre otros, los de público y territorio. La noción de audiencia, por ejemplo, señala Sonia Livingstone, toma esta forma de “público en lo privado” y de “privado en lo público”.



Nos dirigimos a comunidades que participan como audiencias desde su espacio privado y, a la vez, de audiencias que desean participar de lo público desde sus subjetividades; que son emisores, creadores, medios de comunicación. Editores y curadores dentro de sus comunidades imaginarias.

Estas comunidades imaginarias modifican la noción de campo cultural tal como ésta había sido definida por Pierre Bourdieu. De acuerdo con el sociólogo francés, el “campo de la producción cultural”, ya sea de la literatura, de la música, las artes plásticas, son campos donde existen mediaciones institucionalmente establecidas, son áreas de actividad limitadas por lógicas (o reglas) internas que existen dentro de una jerarquía de otros campos mayores, como el campo del poder, del económico, del educacional.

En una sociedad material, claramente, quien controla los recursos y las vías de distribución tiene prerrogativas que le asignan una jerarquía, la cual se refleja en instituciones como la educación, la crítica literaria, los premios, las ediciones. En la sociedad en red que, como decíamos, se desmaterializa y es fragmentaria, las lógicas del campo cultural también se transforman, las referencias, las recomendaciones, tiene un carácter mucho más transversal.

Las comunidades imaginarias tienen jerarquías, sin duda, pero esas jerarquías no obedecen necesariamente a la lógica de otros campos, como el del poder o el económico, se suscitan internamente gracias a la capacidad de participación de sus integrantes. Tienden, por lo tanto, a ser legitimidades transversales más que jerárquicas.

Esto, dicho sea de paso, no sólo afecta el campo cultural, sino en general todo el espacio público. Nos movemos desde una esfera pública que fue descrita por Jurgen Habermas como el dominio de nuestra vida social en el cual la opinión pública puede ser formada a través del debate racional, hacia una en la que, según Jean Fracois Lyotard, la

anarquía (ausencia de jerarquías establecidas), la individualidad y el desacuerdo, en sus sentidos positivos, lideran la participación democrática.

Esta situación, sin duda, implica cambios en la forma de concebir la presencia del trabajo y de los productos culturales en el espacio público y en las estrategias de asociatividad necesarias para potenciar su visibilidad, sus canales de comunicación y, por lo tanto, su capacidad de llegar hasta las audiencias y de estar en contacto con las comunidades.

La asociatividad es una realidad cada vez más extendida entre las instituciones y actores culturales, tanto entre aquellas que comparten presencia física en un determinado territorio (como los ejes, polos y circuitos culturales) como las que comparten intereses y campos de trabajo (redes, asociaciones, sindicatos). Sin embargo, los requerimientos por una mayor visibilidad de estas propuestas y por la existencia de canales efectivos de comunicación con las audiencias continúa siendo un anhelo siempre presente entre los distintos actores involucrados en estas iniciativas.

## :: Los territorios

Desde hace mucho tiempo, la importancia del desarrollo de la asociatividad en el ámbito cultural es un tema relevante para los actores del sector, ya sea desde la institucionalidad o desde los animadores socioculturales en las comunidades de base. Particularmente, en los últimos años, de manera sostenida tanto desde el ámbito local, como a nivel de redes internacionales, una diversidad de emprendimientos impulsa el trabajo de colaboración e intercambio como estrategia para el fortalecimiento de su quehacer.

Por otra parte, y en referencia a la gestión cultural arraigada en el territorio físico, en los barrios, ya sea de manera institucional o de organización comunitaria, una de las razones por las cuales se plantea el



fortalecimiento de la asociatividad es el diagnóstico compartido acerca de la precariedad a la que se han visto sometidos los espacios públicos, los que muchas una vez alejados de los centros urbanos, están en real decadencia, o amenazados por el abandono, cercados por la presión inmobiliaria que intenta privarlos gradualmente de su significado social.

Este espacio público se configura en diálogos y tensiones entre esfuerzos de diseño y gestiones espontáneas, crece y se construye desde decisiones institucionales y también del comportamiento emergente de los actores sociales de base.

El Programa radial *Acceso Liberado*, que patrocinan de manera asociativa la Biblioteca de Santiago, Balmaceda Arte Joven y la Radio Universidad de Santiago (tres instituciones que han creído en la necesidad de de abrir la palabra para plantear y debatir sobre el quehacer del desarrollo cultural) ha sido un espacio de conversación donde hemos podido, en estos 4 años en los cuales el programa ha estado al aire, conocer desde las voces y experiencias de sus propios gestores, la generación de un nuevo tipo de asociatividad cultural basada en la articulación y ampliación de dos territorios distintos pero convergentes, el geográfico y el digital.

Surgidas en estos últimos años al alero de los programas de construcción de infraestructura que han generado importantes instituciones y oferta cultural, destacan notablemente las asociaciones culturales que involucran una diversidad de actores públicos, privados y comunitarios en torno a la búsqueda y creación de nuevas audiencias en el marco de una circulación que desarrolla, fomenta y rescata un territorio determinado.

Un ejemplo importante de este nuevo tipo de articulación territorial es el Circuito Cultural Santiago Poniente (CCSP) que, financiado por Fondart a través de su línea Bicentenario, e impulsado por la Fundación Planetario de la Usach, articula una vasta gama de

instituciones científicas y culturales situadas en el eje de la calle Matucana, en el sector poniente de la capital. Ciertamente las instituciones culturales del sector habían realizado previamente esfuerzos de coordinación, principalmente las instaladas en el barrio desde larga data, como los museos, pero desde la inauguración de Matucana 100 y la posterior apertura de la Biblioteca de Santiago, surgió el anhelo de relevar este polo con la propuesta de crear un circuito cohesionado, definido por su proximidad dentro del barrio, pero también por una concepción de cultura que habla de participación, de acceso y de integración artística, científica y humanista.

La iniciativa del CCSP, que debutó con siete instituciones y que ya asocia a 14, ha logrado, desde 2008, a través de una serie de actividades comunes a lo largo del año y un énfasis en comunicación mediante publicaciones en prensa, folletos y sobre todo una página Web, instalar una coordinación entre las instituciones que ha permitido incorporar en la conciencia colectiva la idea de un barrio que ofrece a los vecinos y visitantes múltiples expresiones culturales y educativas así como espacios dispuestos tanto para el desarrollo como para el acceso a las artes. Esto ha redundado en el rescate para la ciudad de un barrio disponible para la comunidad en el sentido de un espacio para encuentro y participación en iniciativas ciudadanas.

Otro ejemplo interesante de esta nueva asociatividad territorial, generada a través de un vínculo entre instituciones públicas y privadas, es el reciente *Eje Alameda* que se crea en un principio a partir de una conversación entre la Biblioteca Nacional y la asociación Cultura Mapocho, la cual desarrolla recorridos patrimoniales y culturales por Santiago. Con una enorme riqueza histórica, urbana y arquitectónica, en el *Eje Alameda* conviven algunas de las más importantes y representativas instituciones culturales del país, concentradas en un espacio geográfico delimitado, hasta ahora



sin coordinación en su comunicación ni programación.

En un escenario en que los espacios de difusión masiva para la cultura, como la televisión o los diarios de cobertura nacional, se hacen cada vez más escasos, y en que por otra parte el público posee una amplia gama de posibilidades para utilizar su tiempo libre, se volvía esencial que instituciones culturales que poseen misiones y objetivos similares, y comparten un espacio geográfico y simbólico común, se coordinen y potencien sus ofertas. En este sentido, los actores reunidos en el Eje Alameda pretenden renovar el rol central histórico de la Alameda, articulando nuevas redes y soportes que permitan seguir sosteniendo esta columna vertebral y proyectar, como arterias y sangre viva, los códigos culturales que la ciudad del siglo XXI necesita.

Finalmente, están las agrupaciones barriales, asociaciones culturales territoriales generadas a partir del dialogo entre organizaciones sociales articuladas, en algunos casos, con pequeños emprendedores.

Es así como nacen algunas más desde la defensa patrimonial, otras más desde el fomento turístico. Barrio Yungay, Barrio Italia o Barrio Franklin son algunos ejemplos donde la cooperación ha permitido rescatar y valorar una identidad territorial y volver a tejer los lazos sociales entre vecinos respecto de la acción comunitaria; ya sea para mejorar su condiciones en la recolección de la basura, participar de los cambios en los planes reguladores u obtener declaratorias de zona típica como en barrio Yungay o desarrollar un identidad a partir de una oferta gastronómica, turística o comercial como en los barrios Italia o Franklin.

Otro de los temas que fue emergiendo en forma constante en las conversaciones del programa Acceso Liberado es la aparición, a partir de una serie de comportamientos emergente o alternativos, del espacio digital como un territorio ya no solo de información unidireccional de emisor a receptor sino, a

medida que se instalaban a gran velocidad las redes sociales, como un espacio de interacción entre pares; por una parte de organización y desarrollo comunitario y barrial y, por otra, de creación artística y retroalimentación entre público y creadores desde una participación transversal e igualitaria, donde los roles se confunden.

Los ejemplos abundan. En música, cuando un grupo o artista pone su creación a disposición en la red y además entrega las herramientas de intervención sonora para que el público participe en la creación de una nueva obra modificando la original. O en literatura, partir de una infinidad de blogs de narrativa o poesía, donde una vez más los creadores no solo ponen su obras en libre disposición y discusión, sino que se crean obras en red con participación de múltiples actores. Así mismo ocurre en ilustración, artes visuales o audiovisual, donde las creaciones se comparten, modifican o aumentan desde el formato de *“spin off”* con músicas para audiovisuales, textos para fotografías, videos para poesías.

De esta manera, el espacio digital se ha transformado ciertamente en lo que respecta a la creación artística en una galería, un teatro, un ágora cultural de múltiples entradas. En ese sentido, probablemente una de las cosas más interesantes que está ocurriendo en este momento es la posibilidad que se vislumbra respecto del surgimiento de un nuevo espacio público, que permite un proceso de diálogo entre quienes tienen la capacidad de implementar, diseñar o intervenir en políticas públicas y los actores sociales de base, las agrupaciones comunitarias, que protagonizan esos comportamientos emergentes. Y es entonces, en ese proceso de diálogo, que se puede quizás forjar un nuevo marco de posibilidades y de participación ciudadana.

Parece de gran interés, en este sentido, dotar a los territorios de infraestructura digital, lo que permitiría definirlos ya no sólo como un espacio físico, sino como un estado, como un contexto, un marco que puede ser



real y concreto como la plaza tradicional en la que convergen los miembros de una comunidad, o puede ser digital como el "set" de comentarios y coordinaciones de acción, que se generan a partir de una foto en un grupo de Flickr o un video en Youtube.

Hay en esta hibridación entre lo físico y lo digital una posibilidad de grandes potencialidades a la hora de extender y amplificar el espacio público, que debe ir en el sentido de entender ambos espacios como un continuo y ver cómo la gestión cultural y sus actores institucionales o comunitarios van tejiendo las costuras entre esos dos espacios para que sean lo menos visibles que se pueda.

En este punto, nuestras observaciones y estudios de casos en las conversaciones de Acceso Liberado convergen con los cruces que plantea el título de este congreso, "Escenarios, Tensiones y Desafíos de la Gestión Cultural", ya que no se puede encontrar mejores palabras para definir lo que ocurre en referencia a estos nuevos espacios públicos. ¿Cómo facilitar y catalizar esos procesos emergentes? ¿Cómo interpretar, amplificar y generar estas dinámicas híbridas de procesos sociales que tienen lugar con un pie en el espacio público físico y otro pie en el espacio público digital?

Quizás a modo de conclusión, pero una conclusión que tan solo es un principio, podríamos destacar experiencias muy interesantes que dicen relación con la hibridación de los espacios y los comportamientos emergentes. Por ejemplo, los huertos urbanos gestionados a través de blogs en Internet, donde los administradores del blog son también los trabajadores de los huertos. O ya en un nivel mucho más masivo que hemos visto en nuestro país, otra clase de comportamiento emergente que socializa los mecanismos de hibridación, como lo es canalizar las protestas ciudadanas o fomentar una actividad comunitaria, mediante un blog, un foro, una página Web.

Esa es la posibilidad más excitante de la hibridación de las tecnologías digitales con los espacios urbanos, cuando esta hibridación se transforma en el catalizador, el impulsor de procesos de recuperación del espacio público y ese espacio amplificado sustituye, de alguna manera, el espacio no amplificado, público tradicional, que se estaba perdiendo.●